

ATTILIO STAJANO

## *Amar hasta el final*

© EDICIONES SÍGUEME SALAMANCA 2020

# EL HIJO

Isidro llega a la planta acompañado por Javier, su hijo. El doctor Malder me pide que me quede con Javier mientras él entra en la habitación de Isidro para una primera toma de contacto. Se trata de un caso muy complicado y el estado del paciente es muy grave. Isidro estuvo ingresado en un hospital universitario donde solicitó la eutanasia. Tras realizar las consultas y cumplir los trámites establecidos por la ley, se determinó que las acciones para poner fin a la vida de Isidro se llevarían a cabo el 30 de abril. Pero la víspera, Javier, su segundo hijo, le declaró entre lágrimas que él preferiría cuidarlo y acompañarlo hasta su muerte natural, y le prometió permanecer a su lado junto con Elena, su mujer, y no abandonarlo jamás.

La emotiva insistencia de Javier indujo a Isidro a cambiar de idea, de modo que, cuando el médico le pidió que confirmase formalmente su intención de recibir la eutanasia, contestó que no.

–Deseo aguardar mi fin natural rodeado de mis seres queridos.

Unos días después, los familiares se dieron cuenta de que Isidro se había convertido en una presencia ingrata y gravosa para el hospital, así que decidieron trasladarlo a una pequeña clínica en las afueras de Bruselas, donde esperaban que lo iban a tratar bien. Pero su patología es tan compleja que desbordó los recursos de aquel centro. Entonces su médico de cabecera contactó con nuestro hospital y consiguió que lo admitieran aquí.

Mientras Javier me cuenta esta odisea, el doctor Malder abandona la habitación de Isidro y entramos nosotros junto con Elena e Inés, su hija de tres años, que acaban de llegar. Elena es una joven maestra de educación infantil. Ha pedido una semana de baja para poder atender con Javier a su suegro. Javier se acerca a su padre y le dice:

–Aquí estaremos bien. El voluntario que nos ha recibido me ha dicho que podemos venir cuando queramos e incluso pasar aquí la noche contigo. Se llama Attilio y yo creo que es italiano.

Y volviéndose hacia mí, me dice:

–Le he dicho a mi padre que me parece que es usted italiano. Reconozco el acento porque viajo a menudo a Italia por trabajo.

Isidro se gira para verme. Lo saludo diciéndole que cuidaremos de él y me responde, con un hilo de voz:

–Desde que me jubilé, lo he acompañado en alguno de sus viajes. La última vez estuvimos en Bolzano, en la ruta del vino.

Javier es importador de vinos y conoce bien la Toscana, el Piamonte y el Alto Adigio.

–La ruta del vino está cerca de mi casa –le digo–. Conozco el valle del Adigio como la palma de mi mano y puedo aconsejarle sobre qué vinos probar.

Hablar de ese viaje que hicieron el año pasado en la época de la vendimia crea un ambiente distendido. Mientras tanto Elena, que se ha sentado en el borde de la cama de su suegro, le masajea las manos. Inés, radiante con su vestidito primaveral de color blanco, explora la habitación yendo de acá para allá sin parar. Mi cuarto nieto, que será la primera niña, nacerá dentro de un mes. Me emociono al ver a este angelito que corretea en torno a la cama de su abuelo moribundo comunicándole un mensaje de vida, de amor y de felicidad.

Inés se acerca a su madre para hablarle al oído. Elena me pregunta:

–Inés quiere saber si mañana puede venir a ver a su abuelo y traerle a Puff. Puff es el gato de mi suegro. Nunca se separa de él. Cuando Isidro se sienta en la butaca, Puff se hace un ovillo a su lado y no para de ronronear.

–No está permitido traer gatos al hospital, por evidentes motivos de higiene –le contesto–, pero tampoco hay que contrariar los deseos de una niña que quiere tanto a su abuelo. Veré si quizás por la tarde, y en absoluto secreto, se puede hacer una excepción. De momento –le digo a Inés–, trae una foto de Puff y otra tuya. Las pegaremos en la pared, junto a la cama del abuelo. Así se sentirá acompañado y pensará en vosotros.

A Inés le parece bien la propuesta, trepa a la cama de su abuelo, le da un beso y luego baja y vuelve a corretear por la habitación. Se detiene frente a la puerta acristalada del balconcillo y saluda con la mano a los coches que pasan por la carretera. Por la acera camina una mujer empujando una sillita donde va sentado un niño de cuatro o cinco años. Este ve a Inés iluminada por el sol tras el cristal y le responde agitando la mano.

–¡Me ha visto! –grita Inés.

Isidro se sonríe.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, en la pared junto a la cama hay dos fotos:

una de Inés en la playa con un cubo y la otra de un gato de Angora bien peinado. Isidro dormita. De vez en cuando abre los ojos y ve a sus seres queridos, que lo acompañan en silencio.

Isidro no volvió a despertar y murió durante la noche, asistido por Javier y su hermana Clara. Su última mirada se posó sobre la foto de Inés, la nieta que le había dado alegría y ganas de vivir hasta el final.

Javier me ha invitado al entierro de su padre. En el cementerio, Inés llora abrazada a su madre, después se aparta de ella y se pone a perseguir una ardilla que, tras bajar de un abedul, salta ágilmente por el prado y va a esconderse tras un seto de rododendros. Elena me dice:

–Inés llora porque también nos ha dejado Puff. El mismo día que falleció el abuelo, lo encontramos en casa debajo de su butaca, muerto.

Inés vuelve donde su madre sonriendo y levanta las manos para que la coja en brazos. Le dice:

–Puff se ha ido al cielo a jugar al escondite con el abuelito.

[Back](#)

[Home](#)

